

## Lluvia para embotellar

Violeta contempló su rostro en el espejo una vez más. Este le devolvió una mirada cansada pero penetrante, que atravesó la imagen de vidrio hasta el mundo de los recuerdos. Era el 15 de junio de 1986. Todavía podía verle entrando cabizbajo en el bar, tambaleándose sin saber por qué. Empapado. Recordaba a duras penas su saludo, pues las gotas de lluvia golpeaban furiosas las ventanas, tapando la voz de Rubén. A él, se había propuesto olvidarle. A ellas, no lo había conseguido. ¿Cómo hacerlo si siempre anunciaban su llegada?

Sonrió al recordarle sentado junto a la barra del bar, sin paraguas, ni sombrero. Solo con una botella. Llena de gotas de agua.

—Lo de siempre, por favor.

—¿No te vale con esa?

Ella sabía que no, que el agua calma pero no llena, y que volvería a tomar lo mismo una noche más. Pero tenía que intentarlo. Él, por toda respuesta, levantó la vista y encogió los hombros:

—Violeta, ya ¿qué más da?

Se bebió el vaso que esta le ofrecía y permaneció callado durante unos minutos, mirando la pista de baile al fondo del establecimiento. Estaba vacía, como cada día a esa misma hora. Una suave y discreta melodía empezó a sonar a sus espaldas. Rubén golpeó el borde del taburete con sus zapatos negros, impolutos, marcando el ritmo a la perfección. Tenía que dejar de pensar en ello, pero no era fácil.

—¿Me permites?

El hombre se levantó con calma y con un pie en la pista, le tendió la mano. ¿Por qué bailaron esa noche? Violeta seguía sin saberlo treinta años después.

—Llueve —le susurró al oído. Ella cerró los ojos y sonrió sin dejar de balancearse, guiada por sus brazos. Se sentaron de nuevo, uno enfrente del otro, hablando sin palabras. Violeta sabía lo que pasaba por la cabeza de quien, en teoría, era su amigo, pero no podía hacer nada. Había prometido guardar el secreto. Pero el silencio dolía.

—¡Basta! —Rubén se levantó de pronto para sentarse inmediatamente después, derrotado-. No puedo soportarlo más. Explícamelo, por favor -exigió con voz histérica-. Necesito saberlo. Necesito saber el porqué de todo esto. Felicidad, y luego dolor, satisfacción y decepción, sueños y tropiezos. Y felicidad. Y soledad. Y un idiota que cae

en lo mismo una y otra vez.

—Completamente idiota.

—Y a pesar de las heridas, hay algo que me hace levantarme cada día y venir aquí, a por más. Ni yo mismo me reconozco.

Paró para tomar aliento.

—Pero no puedo continuar así. Dime qué es, por favor —musitó bajando la cabeza—. Violeta recordó la súplica silenciosa que había leído en su mirada. Le observaba entre divertida y vencida, como si ya supiese lo que iba a pasar. Y desapareció bajo la barra del bar. Tras unos instantes de búsqueda, se irguió con una botella transparente en las manos, ya casi vacía, donde apenas quedaban unas gotas de aquel misterioso líquido. Su etiqueta estaba en blanco. Le miró de nuevo y agitando suavemente la botella, susurró en voz baja, como quien está a punto de desvelar un gran secreto: —*Amor*. Así lo llaman —y, quitando el tapón, añadió—: Te lo advertí.

...

Ahora, treinta años más pesaban sobre su cuerpo. El miedo regresó a sus ojos, fijos en el espejo. Lentamente, acercó el dedo índice a la plancha de vidrio y dudó. Dudó de su reflejo. Bajó la mano asustada. ¿Quién era ella? ¿Sólo un reflejo de lo que fue? ¿O algo más? Miró su imagen con atención. Sus curvas ya no estaban tan marcadas y su pelo se había oscurecido. Pero las facciones, aun surcadas por arrugas, eran las mismas. Pasó el dedo por sus cabellos alargándolos hasta los hombros con la imaginación, barrió las arrugas de una pasada y amplió su sonrisa al deslizar la mano por las comisuras de sus labios. Dibujó el contorno de un gorro rojo sobre sus rizos rubios; el que tanto le gustaba a Rubén. Y volvió a mirar, sintiéndose satisfecha por primera vez desde aquella llamada, cuando él le dijo que no podía volver. Allí estaba la chica de siempre, llena de luz y vitalidad.

Echó una ojeada a la habitación sin separarse del espejo. Su piso era ahora una maraña de recuerdos. La imagen recién dibujada se enfrentaba con fuerza a la anterior, la real. Pero no por eso eran distintas. Juventud. Una había creado a la otra, el boceto de una vida, desdibujada con la marcha de Rubén. Muchas preguntas se agolpaban ante el reflejo de la realidad, pero una le martilleaba con más fuerza: ¿Por qué tuvo que beber ella de la maldita botella?

La chica de rizos rubios sonrió a la actual Violeta y empezó a darse palmaditas en las piernas, pausadamente. El tiempo pasa, pero los recuerdos permanecen. Aún brillaba en sus labios ese beso que creó para él mucho tiempo atrás, en una noche de insomnio.

—¿Sabes? —le preguntó al espejo—. Él me enseñó a envolverlo, y en un descuido suyo lo mandé con un cohete, de esos que se hacen primero aplaudiendo sobre los muslos, imitando el susurro de la mecha que se quema después, y el <<pum>> final para mandarlo al espacio. Así que subió hacia el cielo, traspasando el frío de la noche y dejando tras de sí una estela tenue de luz. El beso sabía dónde tenía que ir, lejos, muy lejos. Yo no podía llegar, pero él sí. Cruzó el cielo salpicado de estrellas demasiado rápido como para vislumbrar el paisaje y muchos, muchísimos kilómetros después, descendió en picado sobre las farolas de su ciudad. Y justo antes de estrellarse contra el suelo remontó el vuelo con una suave voltereta. Después se acercó a la acera y se coló por la rendija de su portal. Subió por las escaleras y entró en casa. Descansó en el recibidor y voló buscando su habitación. El beso le contempló sobre la cama. Tenía los brazos detrás de la cabeza y los párpados cerrados. Entonces recorrió sus hombros y su cuello enredándose en el pelo. Se elevó un poco y flotando suavemente, como un copo de nieve, se posó en sus labios para fundirse por fin con un último chispeo.

Una lágrima rodó hasta los labios de Violeta, y el espejo, de vuelta a la realidad, le devolvió una sonrisa nostálgica. Entonces las oyó. Al principio fue solo un suave tintineo en el cristal, mas no tardaron en agolparse con fuerza, llamando a su ventana. Y ahí, y a pesar de los años y del desenlace, Violeta supo que volvería a beber de la botella una noche más, esperando un último baile.

Pero esta vez, bajo la lluvia.